

no tener ninguna. Nada dice sobre ellos: ni afirma ni niega: deja al hombre en libertad absoluta.

Estas cuestiones no las trata, las borra como supérfluas, del programa de la ciencia.

Esto es lo que él dice que enseña, lo que él dice que constituye una de las partes fundamentales de su doctrina.

Y sin embargo, cuando se viene á la aplicación, como lo observa el P. Félix, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos y es que todas esas cuestiones que se proponía no tratar y que parece que no quería ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan absorto por más de un motivo.

Y así llama al espíritu ó al alma humana un conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal y afirma que deben eliminarse de una manera definitiva *todas las voluntades sobrenaturales* conocidas con el nombre de *Dios ó de la Providencia* y enseña que es inherente á la *materia organizada la propiedad de ajustarse á un determinado objeto*, de acomodarse á ciertos fines y proclama, en fin, que no se puede explicar

el origen del mundo ni *por medio de muchos dioses, ni por medio de uno solo.*

Nada sabe de esos problemas y así los resuelve.

Última contradicción que pone de manifiesto lo que el positivismo vale ante la ciencia.

Hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas, la hipótesis gratuita y la contradicción universal.

Considerados en absoluto esos dos vicios, dice el P. Félix, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrían muy bien no afectar, sino al método; y por eso, para ultimar el proceso de esa escuela ante la ciencia, es necesario convencerlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

El afirma, como se ha visto, que son hipótesis gratuitas, Dios, el alma, lo ideal, lo absoluto, lo infinito, la ley moral que rige y gobierna la ciencia.

La humanidad, á sus ojos, no tiene que volver sus miradas al cielo.

Cautiva y deshonrada, debe sólo fijarlas en la tierra, con un compás en una mano y con una



balanza en la otra, midiendo la extensión y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor suyo, hambrienta de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Las generaciones todas se levantan contra esos delirios de la razón, enferma de orgullo, que pretende, como el ángel del mal, levantar su trono sobre el trono del Altísimo.

Todos los pueblos de la tierra han reconocido la existencia de un Ser Supremo, sobrehumano, al que han rendido culto.

Los diferentes dioses que adoraban y la diversa manera con que les rendían culto, lejos de ser un argumento contra la existencia de Dios, es una invencible demostración de ella misma, porque en el fondo se descubre que el género humano reconocía y adoraba á un Ser Supremo, á una divinidad.

Los hombres más ilustres del mundo antiguo, se distinguían precisamente por el fondo de religión que resplandecía en su vida.

Epaminondas, libertador de su patria, era reputado en su tiempo por el más religioso de los

hombres; Xenofonte, guerrero filósofo, era modelo de piedad; Alejandro, eterno ejemplar de los conquistadores, se llamaba hijo de Júpiter: entre los Romanos, los antiguos cónsules de la república, Cincinato, Fabio, Papirio Cursor, Paulo Emilio, Scipión, no ponían su esperanza más que en la divinidad del Capitolio; Pompeyo marchaba á los combates, invocando la asistencia divina; César quería descender de una raza celeste; Bruto, su asesino, creía en las potencias sobrenaturales y Augusto, su sucesor, no reinó más que en nombre de los dioses.

Por todas partes se descubren los vestigios de la existencia de un Ser Supremo: en los escritos de los filósofos, en los cantos de los poetas, en las aras y en los altares, en los ritos sagrados, en los días de fiesta.

Entre tantas y tan distintas religiones, decía Voltaire, ninguna ha dejado de tener como objeto principal la expiación.

La primera consecuencia de este hecho, agrega Augusto Nicolás, es que todas las religiones proclaman que el género humano *peca* contra Dios.

Y esta creencia del pecado, es Voltaire quien lo asegura, se encuentra en todos los pueblos.



En todos los pueblos, por lo mismo, antiguos y modernos, ha existido la creencia en la Divinidad.

Y esta creencia universal no puede tener por causa, *ni la educación* ni las *preocupaciones*, porque estas se mudan y se cambian; ni el *engaño de los sentidos*, porque el ejercicio de éstos no se concibe sin objeto sensible; ni el *fraude y la conspiración de los hombres*, porque entonces aquella creencia no se encontraría en todas partes, como se encuentra aún entre los bárbaros que viven fuera de sociedad; ni la *ignorancia* tampoco, porque, como lo atestigua la historia, la persuasión en la existencia de un Ser Supremo, crece á medida que la verdadera ciencia crece y avanza.

Y así como la humanidad ha guardado siempre, en el fondo de su ser, esa creencia dulce y consoladora, así ha crecido también en el alma y en la vida futura.

“Es necesario, decía Platon, creer á los legisladores y á las *tradiciones antiguas*, y particularmente por lo que respecta al alma, cuando nos dicen que es cosa enteramente distinta del cuerpo, y que es lo que cada uno llama Yo: que el cuerpo no es más que su sombra que la sigue: que

este Yo del hombre es positivamente inmortal: que es lo mismo que llamamos alma; y que ha de dar cuenta de sus acciones á los Dioses, según lo enseñan las leyes patrias, creencia tan consoladora para el justo, como terrible para el perverso. No creais que esta masa de carne que enterramos por acá, sea el *hombre*, y sabed que este hijo, este hermano, á quien creemos dar sepultura, ha pasado á otra región después de haber cumplido en ésta lo que aquí tenía que hacer. Esto es lo cierto, aunque la prueba de ello exigiría los más grandes discursos, y es menester creerlo bajo la *palabra de los legisladores y de las tradiciones antiguas, como no hayamos perdido enteramente el juicio.*”

Y la humanidad entera, ha creído, por lo mismo, en lo infinito, en lo absoluto, en la causa primera y en las causas finales.

No es posible que la humanidad se haya engañado.

La persuasión que ha tenido de todas estas verdades, que se ha hecho más firme á medida que más se ha profundizado en su examen, que ha crecido con la suavidad de las costumbres y la cultura de los ingenios, y que se ha confirmado con



la palabra de los hombres más esclarecidos que han existido en el mundo, tiene sus raíces en la misma naturaleza de la razón, y tiene, por lo mismo, que ser invariable y verdadera.

Claro es, en consecuencia, que las afirmaciones del positivismo están desmentidas por la humanidad, y son falsas, en consecuencia.

Para que no fuera así, para que pudiéramos glorificar á una filosofía que hasta ahora no ha conquistado otra celebridad, sino la de la audacia y la excentricidad, tendríamos que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creído que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior; á todos los genios metafísicos de primer orden, como Platón y San Agustín, Aristóteles y San Anselmo, Descartes y Santo Tomás, Leibniz y Mallebranche, que han creído con toda la energía de sus convicciones, que la metafísica no descansa en hipótesis ni en quimeras; á todos los que han creído en la realidad del alma humana, y que han basado sobre la inmatu-

rialidad de nuestro ser pensador, esa noble é ilustre ciencia que se llama psicología, y cuyas glorias son seculares; á todos los moralistas antiguos y modernos que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia, independiente del imperio de la materia, y como reguladora de ese imperio interior una moral que nada tiene de común con las leyes de la fisiología, y que es superior á la que procede de un instinto animal.

Imposible sería acometer tal empresa.

Acusar de falsedad al género humano y reconocer que sólo el grupo reducido de positivistas profesa la verdad en toda su pureza, sería caer en el *régimen* de la locura, que será sin duda el *cuarto régimen* y quizá la última etapa de la escuela positivista.

Hipótesis gratuitas, contradicción científica, falsedad en sus afirmaciones radicales; he aquí el carácter de un sistema que hoy domina á muchas inteligencias y que impera casi exclusivamente en las escuelas oficiales.

Ni la índole de nuestra publicación, ni el objeto con que hemos estudiado los principios de la escuela positivista, nos han permitido hacer un análisis más detenido de ese sistema, que tanto



fascina y tanto corrompe en los tiempos actuales.

Los ligeros apuntamientos que hemos hecho bastan, sin embargo, para conocer lo que vale la negación contemporánea y para poder levantar enfrente de ella las pruebas de la divinidad de Jesucristo, que sirven de fundamento á la verdad del Misterio Eucarístico.

Réstanos sólo, y lo haremos en el próximo artículo, exponer el valor científico del sistema de Spencer que á tantos hombres de inteligencia seduce y cautiva.

#### EL SISTEMA DE SPENCER ANTE LA VERDAD.

El sistema de Spencer es impío. Spencer hace mofa de la religión y la censura: primero, porque enseña el dogma de la creación,<sup>1</sup> segundo, porque ha revestido con falsos dogmas la fe en un principio supremo, fe que la ciencia ha refutado y destruido en el curso del tiempo, y tercero, por-

<sup>1</sup> Los Primeros Principios, cap. II, nú n. 11, Biología, 3ª parte, cap. II, pág. 403.

que no ha llenado su misión, mostrándose más ó menos irreligiosa.<sup>1</sup>

Estas cosas y otras muchas que el escritor inglés inconsideradamente asienta, con especialidad en el cap. V de sus Primeros Principios, si se aplican á la religión divinamente revelada, como por él se aplican sin duda alguna, están á toda luz llenas de impiedad. Y no es de extrañarse proceder tan impío, cuando el mismo Spencer desconocía la misma religión natural.

En la obra citada, enseña que por creencia religiosa debe entenderse *una teoría a priori acerca del Universo*.

Y no vaciló en proclamar que hay más verdadera religión en sostener que nuestra existencia y la de todos los seres son misterios superiores eterna y absolutamente á la inteligencia humana, que la que se encuentra en todos los libros escritos sobre teología dogmática.

El sistema de Spencer es ateo, ya porque no admite á un Dios personal é infinito,<sup>2</sup> ya porque en realidad no reconoce á otro dios que al dios de los panteístas.

<sup>1</sup> Los Primeros Principios, cap. II, núm. 14.  
<sup>2</sup> Obra citada, pág. 95.



El sistema de Spencer es realmente el sistema panteísta.

Admite, es verdad, la existencia de cierto supremo ente que llama el Incognoscible por quien se han hecho todas las cosas; <sup>1</sup> pero no lo reconoce como la causa eficiente del mundo y de las cosas que en el mundo se hallan.

En efecto, enseña que pueden hacerse tres hipótesis acerca del origen del universo: que exista por sí mismo; que se haya creado por sí mismo; que haya sido creado por alguna causa externa: á la primera le llama ateísmo, á la segunda panteísmo y á la tercera teísmo, y las tres son por él sin piedad rechazadas. <sup>2</sup>

Excluye ó impugna la creación de los vivientes y en lugar de la creación elige y defiende el sistema de la evolución.

Además, en su concepto, el calor, la luz, las afinidades químicas, los afectos, las sensaciones y los pensamientos son modalidades ó modificaciones del Incognoscible. <sup>3</sup>

Ante estas afirmaciones puede concluirse que

1 Obra citada, núm. 31.

2 Obra citada, núm. 11.

3 Obra citada, núm. 71.

el sistema de Spencer es un sistema de evolución netamente panteísta.

El sistema de Spencer está inficionado de positivismo materialista: este es como el alma que informa la doctrina toda de este filósofo.

Establece, en efecto, como primer principio, que nuestro entendimiento nada conoce fuera de los fenómenos sujetos á la experiencia, y que nos son enteramente desconocidas, no sólo las sustancias de las cosas y su realidad latente en ellas, sino nuestra propia personalidad. <sup>1</sup>

Para dar razón de los fenómenos del mundo, niega que se requiera otra cosa más que la materia, la luz y el calor solar, debiendo, en consecuencia, desecharse cualquiera alma, vegetativa, sensitiva ó racional distinta de las fuerzas de la naturaleza, porque estas mismas fuerzas que producen los fenómenos de luz, de calor, de electricidad y otros, deben tenerse como el principio de la vegetación, de la sensación, de la intelección, de las voliciones, en una palabra, de toda la vida individual y social.

A juicio de Spencer, todos los vivientes y todo el género humano, con sus operaciones intelectuales

1 Principios de Psicología, tom. 1º, núm. 589.



tuales, morales y sociales, con todas sus ciencias, artes é historia, es una cierta colección de máquinas que se gobiernan por la sola fuerza de la naturaleza. Nada puede pensarse, ni decirse por el materialismo, que sea más absurdo y más degradante.

No debe olvidarse que según las doctrinas de este filósofo, la razón del hombre no se distingue del instinto del bruto, sino porque aquella está enriquecida de mayor número de experiencias;<sup>1</sup> que el alma humana carece de libertad<sup>2</sup> y que los pensamientos y las afecciones del espíritu se producen de la misma manera que los sonidos en un instrumento músico.

Este sistema filosófico, que más bien pudiera llamarse el delirio de una alma enferma, tan impío, tan ateísta en su fondo y tan impregnado del grosero positivismo materialista, es el que hoy impera, casi exclusivamente en las escuelas oficiales del mundo moderno, el que seduce y fascina á muchos hombres honrados é inteligentes y el que arrastra á sus abismos á la juventud estudiantina, hambrienta siempre de verdad y de luz.

<sup>1</sup> Obra citada, núm. 219.

<sup>2</sup> Psicología, núm. 206.

Su simple exposición, y á grandes rasgos, como lo hemos hecho en este artículo, basta para condenarlo ante la verdad y ante la razón.

El no es la verdad, no es la luz, no es la ciencia.

Por más que sus defensores lo ensalcen, no es en el fondo más que un materialismo con todas sus asperezas y todos sus absurdos.

Es una nueva fase de la negación racionalista.

Con su breve exposición demos término á esta serie de artículos áridos por su naturaleza, pero que nos hacen conocer el medio en que tenemos que presentar las pruebas de la divinidad de Jesucristo, que son apasible luz para el entendimiento, consuelo dulcísimo para el alma.

Comenzaremos esta gratísima tarea, con la ayuda del Señor, al comenzar el segundo año de nuestra humilde publicación.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



